

José Antonio Olabe

por Luis M. Baraldo

Lo conocí al Dr. Olabe en el invierno de 1986. El Vasco estaba recién llegado de Mar del Plata y organizaba con entusiasmo un curso de Química Inorgánica Avanzada. Yo buscaba una última materia optativa para cursar y me enteraba, no sólo de que la Química Inorgánica existía fuera del primer año, sino que podía ser avanzada. Finalmente no me anoté ese cuatrimestre, pero quedé fuertemente impresionado por un profesor que decididamente quería alumnos. Luego volví a verlo con motivo de pedir una beca de estudiante. La UBA llamaba al primer concurso en la categoría y yo comenzaba a pensar que quizás la investigación fuera una opción interesante. Visité a varios directores pero nuevamente me arrolló el optimismo del Vasco. Me pintó un futuro promisorio para la investigación en el departamento y en la Argentina. La realidad de entonces lo contradecía un poco y años más tarde un poco más, pero su entusiasmo me ganó y me ha acompañado desde entonces.

Este mismo entusiasmo se extendía a la docencia que para él formaba un todo con la investigación. Había que renovar la Inorgánica y la cátedra de Aymonino en la Plata era el ejem-



plo a seguir. Pronto un grupo de docentes y alumnos estábamos haciendo docencia, probando prácticas, corrigiendo guías y, en línea con la forma de trabajar del Vasco, invitando a otros a sumarse a la tarea.

La beca de estudiantes dio paso al doctorado y la pila de trabajos a leer y los experimentos a probar "en los ratos libres" que el Vasco nos traía aumentaba constantemente. Lo único que no cambiaba era su entusiasmo. Si ya lo sabía apasionado con la docencia o con el trabajo de laboratorio, la intensidad de su deseo cuando se encontraba con algo interesante era simplemente abrumadora. En esta etapa pude ver como cada pregunta que resolvía traía más preguntas y siempre había algo más que aprender, primero con los cianocomplejos y luego con la química de los nitrosilos. Esta perseverancia en la

pregunta y su notable habilidad para escribir le fueron construyendo una notable producción que le ganó el reconocimiento internacional, particularmente en la ICCC y en las conferencias Gordon de mecanismos de reacciones inorgánicas.

Así como el Vasco no entendía la investigación sin la docencia tampoco era ajeno a la política universitaria. Junto con otros profesores participó decididamente de la reorganización del departamento de Química Inorgánica, Analítica y Química Física de la FCEN (UBA) y luego jugó roles muy importantes en la facultad y en muchas otras instituciones vinculadas con la ciencia como el Conicet y la AAIFQ. A veces era intencionadamente provocador para llamar la atención sobre algún asunto que nadie se atrevía a plantear. Otras veces negociador para privilegiar lo importante o para atender a la situación de una persona. Su compromiso y su lucidez lo hicieron y lo hacen un referente de cómo se debe encarar la tarea del profesor universitario en toda su dimensión.

Quiero finalmente destacar al colega y al amigo. Siempre buscó estimular las relaciones personales más allá del laborato-

rio. Llegué a conocerlo de pantalones cortos, desplegando su velocidad por los laterales, pero esta exigencia lo retiró de las canchas prematuramente. Más proyección tuvo como anfitrión de asados en su casa en los que oficiaba de generoso asador. A

estas reuniones estaban invitados desde los estudiantes más jóvenes hasta los profesores extranjeros que nos visitaban. Se hablaba de todo y de todos y en estos encuentros se tendieron muchos puentes entre distintas generaciones. Más adelante lo pude

disfrutar como un colega generoso, siempre dispuesto a alentar o dar una mano en las tareas que a veces nos agobian, virtudes que lo hacen hoy un profesor emérito muy valioso para el departamento y para todos los que tenemos la fortuna de trabajar con él.